

Pasado y presente de disputas sobre el bienestar

Desde el origen, nuestra revista se ha planteado seguir el recorrido de los países latinoamericanos a lo largo de los procesos de resistencias e impugnación del neoliberalismo, que en Argentina tuvo un punto de inflexión con la crisis del 2001 y el final del disciplinamiento dinerario de la convertibilidad.

Dimos cuenta cómo los gobiernos y las políticas posneoliberales requirieron de una construcción cuidadosa, consistente con el objetivo de revertir décadas de postergado bienestar en todo el continente. En estos procesos, en efecto, si bien con múltiples temporalidades y variadas características, muchos fueron los logros en términos económicos, políticos, sociales y culturales durante la década pasada. Sin embargo, los acontecimientos políticos de los últimos años pusieron en jaque la continuación de tal ciclo de construcción del bienestar social, reavivando políticas y modelos neoliberales y abriendo la pregunta sobre el futuro del continente.

Hace un año decíamos que estaba por verse la potencia del avance neoliberal habida cuenta de la experiencia política acumulada en los años recientes, el empoderamiento de los sectores populares en general y la revaloriza-

ción de la acción de los sindicatos en particular. Con sus aciertos y errores, la etapa reciente parecía haber forjado un conjunto de condiciones para la defensa de los intereses populares ante la ofensiva conservadora.

En los dos años que transcurrieron desde el inicio del nuevo ciclo político, esta ofensiva aparece bajo una forma compleja que articula un discurso de “nueva derecha” que se posiciona en contraposición a las políticas desplegadas bajo el ciclo político anterior, con una fuerte campaña mediática y judicial de “lucha contra la corrupción”. Articulación que se replica en distintos países de América Latina y que se ve reforzada a nivel internacional por la preponderancia de ideologías de derecha en términos políticos y con un fuerte contenido conservador en lo social y cultural.

Al mismo tiempo, en Argentina, las prácticas cotidianas del poder recurren a un repertorio represivo que creíamos parte del pasado. La desaparición y posterior confirmación de la muerte de Santiago Maldonado durante la represión en el territorio mapuche Pu Lof Cushamen en agosto de este año ha sido, tal vez, el punto más alto de una escalada represiva de la protesta social que se ha ido intensificando.

Al mismo tiempo, luego del triunfo de la alianza gobernante *Cambiamos* en las elecciones de medio término, el Gobierno lanzó dos reformas paradigmáticas, laboral e impositiva, que también conllevan la reforma del sistema previsional, y que se presentan como las primeras de un proceso de “reforma permanente”. Bajo la forma de proyectos de ley, y apelando al diálogo y la búsqueda de “consensos”, el Gobierno ha conseguido obtener el apoyo de las principales organizaciones de trabajadores e industriales, la CGT y la UIA entre otras, para darles curso en el Congreso. Ambas reformas, tal como ya sucedió en Brasil, se asientan en una línea coherente con las políticas que desde el 2015 vienen recortando derechos a trabajadores mientras exceptúan de cargas impositivas y obligaciones de distinto tipo a los actores más poderosos de la economía. Potenciando la desigualdad, la precarización, la pauperización y la vulneración de derechos y la dignidad de las clases populares.

Paralelamente, una de las “sorpresas” para muchos analistas, militantes y observadores de la realidad política, ha sido que amplios sectores de la población no cuestionan o parecen coincidir con el discurso y las argumentaciones que se esgrimen para justificar despidos, recortes de presupuesto, eliminación de subsidios para discapacitados, cierre de programas sociales, retiro del apoyo estatal a programas de salud, de género, entre otros. Nuevamente, las promesas neoliberales parecen interpelar a un gran porcentaje de la población, tal como ya sucedió dos décadas atrás e incluso en las décadas

previas al retorno de la democracia en el sur de continente.

Este contexto o “clima de época” aparece reforzado por algo que anticipábamos unos párrafos arriba. Junto al conocido papel de los medios de comunicación más concentrados, se asiste hoy a un renovado rol del poder judicial en todos los países de Latinoamérica, en manos de jueces que pretenden resolver con sus sentencias las componendas propias del campo político. Las voces contra la corrupción se alzan para investigar a funcionarios del ciclo político anterior con una virulencia inversamente proporcional a la desidia con que se avanza sobre los elencos presentes, cuya participación en la evasión global descubierta por los *Panama Papers* y los *Paradise Papers* no es perseguida con el mismo ahínco.

Estas formas de construcción de una nueva hegemonía parecen, paradójicamente, no reconocer los límites institucionales que, se supone, dicen defender quienes se autoproclaman garantes del republicanismo, volviéndose cada vez más evidente el avasallamiento de las instituciones necesarias al funcionamiento democrático. Campañas periodísticas, operaciones de prensa, uso político de instituciones judiciales se despliegan de manera proporcional al incremento casi cotidiano del nuevo ciclo de endeudamiento y al relanzamiento de ofensivas directas sobre el trabajo, como las reformas comentadas.

Esta pintura de época, que parece augurar tiempos complejos y difíciles para las sociedades latinoamericanas, también representa un desafío político

para la construcción de nuevas mayorías, de nuevos horizontes comunes que, al mismo tiempo que busquen enfrentar el ajuste, propongan nuevas formas de interpelación política y de articulación de un campo de oposición a estas fuerzas neoconservadoras. Fuerzas que intentan barrer con las conquistas no ya de la década pasada, sino de aquellas vinculadas a procesos políticos anteriores que habían asegurado a las clases trabajadoras un piso de derechos laborales, sociales, políticos y culturales que hoy vuelven a estar amenazados.

Si la desazón, la tristeza, el abatimiento parecen ser sentimientos que se expanden entre quienes observamos con gran preocupación el avance sobre los derechos adquiridos, creemos que es a través de la crítica, la reflexión y el debate que podemos contribuir a la construcción de un pensamiento colectivo que supere el reclamo y la denuncia para aportar a la conformación de aquel horizonte de posibilidad política que pueda albergar la transformación de las condiciones existentes. Si la acción política resulta indispensable en esta coyuntura, también lo son las ideas, la crítica y el debate permanente, desde este espacio aspiramos a formar parte de esa construcción, promoviendo el intercambio, desafiando el inmovilismo al que nos lleva creer que los ciclos son irreversibles.